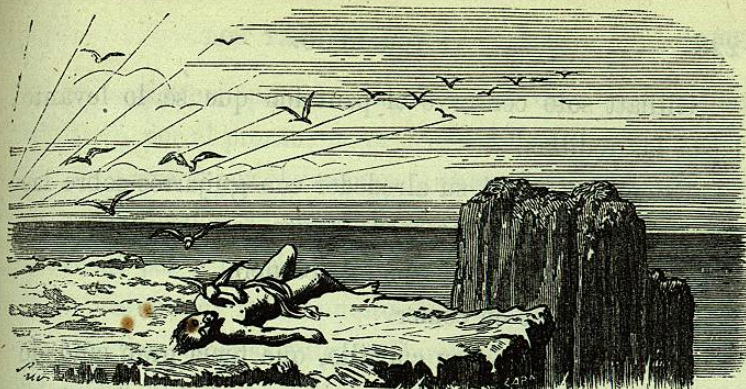


hora precedente y empezaba á torcerse. Gilliatt en este golpe de vista sumario no reconoció avería alguna. Sin embargo, era indudable que habia recibido violentos choques.

Ya calmada el agua, el casco se habia enderezado por sí mismo; las anclas se habian conducido bien; en cuanto á la máquina, sus cuatro cadenas la habian mantenido admirablemente. Apenas habia Gilliatt acabado esta revista, cuando un objeto blanco pasó muy cerca de él y se sumergió en la sombra. Era una paviota. No puede haber en las tormentas aparicion mas agradable. Cuando las aves llegan, el huracan se retira. Otra señal escelente, la tronada aumentaba. Las supremas violencias de la tempestad la desorganizan. Todos los marinos saben que la última prueba es ruda pero corta. El esceso de rayos anuncia el fin. La lluvia se detuvo repentinamente. Solo se oia en las nubes un redoble gruñon. El huracan cesó como una tabla que cae al suelo. Se quebró por decirlo asi. El inmenso aparato de las nubes se deslizó. Una rendija de cielo claro se percibió entre las tinieblas. Gilliatt quedó estupefacto; estaba en pleno dia. La tempestad habia durado mas de veinte horas. El viento que la habia traido se la llevó. Una oscuridad difusa llenó el horizonte. Las brumas rotas y fugitivas se amasaron en tumultuosa mezclanza, hubo de extremo á extremo de la línea de las nubes un movimiento de retirada, se oyó un largo rumor decreciente, cayeron algunas rezagadas gotas de lluvia, y toda aquella sombra henchida de truenos huyó como una barahunda de carros terribles. De repente el cielo quedó azul.

LIBRO CUARTO.

LOS DOBLES FONDOS DEL OBSTACULO.



I.

NO ES EL ÚNICO QUE TIENE HAMBRE.

Quando se despertó tuvo hambre.

El mar se apaciguaba. Pero quedaba aun bastante agitación para que la partida inmediata fuese imposible. Además, el día estaba muy avanzado. Con el cargamento que llevaba la panza, para llegar á Guernesey á media noche era preciso partir al amanecer.

Aunque el hambre le apremiaba, Gilliatt empezó por desnudarse, único medio de poder entrar en calor.

Su ropa estaba empapada por el chubasco; pero el agua de lluvia había lavado la del mar, gracias á lo cual podía secarse.

Gilliatt solo conservó el pantalon que se lo levantó hasta las rodillas.

Estendió y fijó á su alrededor con guijarros sobre las prominencias de las rocas su camisa, su chaqueton, su capote, sus polainas y la piel de carnero.

Despues pensó en comer.

Gilliatt recurrió á su cuchillo, que tenia gran cuidado de afilar y mantener siempre en buen estado, y arrancó del granito algunas lapas de la misma especie próximamente que las del Mediterráneo. Ya se sabe que las lapas se comen crudas. Pero despues de tantos, tan diversos y tan rudos trabajos, la pitanza era demasiado frugal. Ya no habia galleta. En cuanto al agua, no le faltaba. Estaba mas que provisto de ella, estaba inundado.

Se aprovechó de la circunstancia de estar bajando la marea para registrar por entre las rocas buscando langostas. Tenia bastante terreno á su disposicion para poder esperar buena caza.

Pero no reflexionaba que ya no podia cocer nada. Si se hubiese tomado la molestia de acercarse á su almacen; lo hubiese hallado hundido por la lluvia. Su madera y su carbon estaban anegados, y de la provision de estopa que le servia de yesca, no habia una sola hebra que no estuviera mojada. No habia, pues, ningun medio de encender fuego. Por lo demás, el fuelle estaba desorganizado; el tejadillo del fogon de la fragua estaba deshecho; el huracan habia saqueado el laboratorio. Con los útiles que se habian salvado de la avería, Gilliatt podia, en rigor, trabajar

como carpintero, pero de ningun modo como herrero. Pero Gilliatt, por el pronto, no se ocupaba de su taller.

Arrastrado por el estómago, se arrojó sin mas reflexion á la persecucion de su merienda. Empezó su persecucion, no por el interior del escollo, sino por su parte exterior que era el lado opuesto de las rompientes. Allí era donde diez semanas antes la Duranda habia barado en los arrecifes. Para la caza que perseguia Gilliatt, el exterior del desfiladero era preferible á su interior. Los cangrejos tienen la costumbre de tomar el aire cuando ha bajado la marea, y tambien la de tomar el sol. Son unos seres diformes á quienes agrada el resplandor del mediodia, y es una cosa estraña su salida del agua en plena luz. Su aparicion casi indigna. Cuando se les ve, con su torpe paso oblicuo, subir pesadamente, de uno á otro escalon, los picos inferiores de las rocas como los peldaños de una escalera, fuerza es confesar que el Océano tiene tambien asquerosas sabandijas.

Dos meses hacia que de aquellas sabandijas vivia Gilliatt.

Aquel dia sin embargo los cangrejos y las langostas no parecian. La tempestad les habia obligado á guarecerse en sus escondrijos y no se habian aun tranquilizado. Tenia Gilliatt en la mano su navaja abierta y arrancaba de cuando en cuando algun molusco debajo de la ova. Iba andando y comiendo.

No debia estar lejos del punto en que sieur Clubin se habia perdido.

Mientras Gilliatt tomaba el partido de contentarse con unos cuantos esquineros y erizos de mar, sintió bajo sus pies una impresión extraña. Un gran cangrejo, espantado por su aproximación, acababa de saltar al agua y no se hundió lo suficiente para que Gilliatt le perdiese de vista.

Gilliatt se echó á correr detrás del crustáceo por el basamento del escollo. El cangrejo huía.

De pronto Gilliatt le perdió de vista.

El cangrejo acababa de meterse en alguna grieta debajo de la roca.

Gilliatt se agarró á las partes salientes y estiró el cuello para ver debajo de los desplomos.

En efecto, allí había una fragosidad, donde debía haberse refugiado el cangrejo. Aquello era algo más que una grieta. Era una especie de pórtico.

El mar entraba por debajo del pórtico, pero no era allí profundo. Se veía el fondo cubierto de guijarros. Aquellos guijarros eran verdosos y estaban tapizados de confervas, lo que indicaba que no quedaban nunca en seco. Parecían cabezas de niños con cabellos verdes.

Gilliatt se puso la navaja entre dientes, agarrándose con los pies y con las manos bajó al agua desde lo alto del escarpe. El agua le llegaba casi á los hombros.

Penetró por debajo del pórtico. Se halló en un corredor sin tipo ni carácter especial con un esbozo de bóveda ojiva encima de su cabeza. Las paredes eran lisas y bruñidas. No veía al cangrejo. Hacía pie. Avanzaba en un decrecimiento de día. Empezaba á no distinguir nada.

A los quince pasos, no había ya encima de él bóveda alguna. Estaba fuera del corredor. Allí había más espacio, y por consiguiente más luz; por otra parte sus pupilas se habían dilatado, y así es que veía bastante claro. Tuvo una sorpresa.

Acababa de entrar en aquella extraña cueva visitada por él un mes antes.

Solo que había entrado en ella por el mar.

Acababa de pasar por aquel arco que había visto anegado, y que en ciertas mareas bajas era practicable.

Sus ojos se iban acostumbrando. Veía cada vez mejor. Estaba atónito. Había vuelto á encontrar aquel extraordinario palacio de la sombra, aquella bóveda, aquellos pilares, aquellas púrpuras, aquella vegetación de pedrería, y en el fondo aquella cripta, casi santuario; y aquella piedra, casi altar.

Se cuidaba poco de estos pormenores, pero tenía en la memoria el conjunto, y volvía á verlo.

Volvía á tener en su presencia, á cierta altura en el escarpe, la cueva en la cual había penetrado otra vez, y que desde el punto en que ahora se hallaba parecía inaccesible.

Volvía á ver junto al arco ojivo aquellas grutas bajas y oscuras, especie de cuevas en la cueva, que ya había observado de lejos. Se hallaba cerca de ellas. La que tenía más próxima había quedado en seco y era fácilmente accesible.

Más cerca aun de aquel hundimiento notó, encima del

nivel del agua, al alcance de su mano, una hendidura horizontal en el granito. Allí estaba probablemente el canchero. Metió en ella el puño tan adentro como le fue posible, y empezó á buscar palpando por el tenebroso agujero.

Sintió de pronto que le asian del brazo.

Lo que sintió en aquel momento fue un horror indescriptible.

Cierta cosa que era delgada, áspera, chata, helada, viscosa y viviente acababa de enroscarse en la sombra alrededor de su brazo desnudo. Aquella cosa le subía hasta el pecho. Era la presión de una correa y la vuelta de una barrena. En menos de un segundo una espiral desconocida le había invadido la muñeca y el codo y le tocaba el hombro.

La punta escarbaba su sobaco.

Gilliatt se echó hácia atrás, pero apenas pudo moverse.

Estaba como clavado.

Cogió con su mano izquierda que había quedado libre la navaja que tenía entre los dientes, y se apuntaló contra el peñasco con un esfuerzo desesperado para sacar su brazo derecho. No consiguió mas que irritar, si así puede decirse, aquella ligadura viva, que se cerró con mas fuerza. Era elástica como el cuero, sólida como el acero, fría como la noche.

Una segunda correa, estrecha y aguda, salió de la hendidura de la roca. Era como una lengua que sale de

una boca. Lamió espantosamente la cintura desnuda de Gilliatt, y prolongándose de pronto, desmesurada y sutil, se aplicó á su tegumento y le rodeó todo el cuerpo.

Al mismo tiempo, una angustia inaudita, con nada comparable, henchía los crispados músculos de Gilliatt, que sentía en su cútis surcos redondos horribles. Le parecía que innumerables labios, pegados á su carne, intentaban beber su sangre.

Una tercera correa ondeó fuera de la roca, tentó á Gilliatt, y le flageló los lomos como un rebenque. Y se fijó en ellos.

La angustia, llegada á su paroxismo, es muda.

Gilliatt no lanzó ni un solo grito.

Había allí bastante luz para que pudiese ver las repugnantes formas á él aplicadas.

Una cuarta ligadura, rápida como una flecha, se ciñó alrededor de su vientre.

Era imposible cortar ni arrancar aquellas correas pegajosas que se adherían estrechamente al cuerpo de Gilliatt por infinidad de puntos. Cada uno de estos puntos era un foco de espantoso y extraño dolor. Era un dolor parecido al que experimentaría el que se sintiese tragado á la vez por un gran número de bocas demasiado pequeñas.

Una quinta prolongación brotó del agujero. Se superpuso á las otras y se replegó sobre el diafragma de Gilliatt. La compresión, uniéndose á la ansiedad, permitía apenas á Gilliatt respirar.

Aquellas correas, que terminaban en punta, iban en-

sanchándose como hojas de espada á medida que se acercan á la empuñadura. Las cinco partian evidentemente del mismo centro. Andaban y trepaban por el cuerpo de Gilliatt, el cual sentia mudar de sitio aquellas presiones que le parecian oscuras.

De pronto, por debajo de la grieta salió una ancha viscosidad redonda y chata. Era el centro. Las cinco correas arrancaban de él como arrancan de su eje los rayos de una rueda, y en el lado opuesto de aquel disco inmundo se distinguia la raiz de otros tres palpos ó tentáculos que habian quedado en el agujero de la roca.

En medio de aquella viscosidad habia dos ojos que miraban.

Aquellos ojos veian á Gilliatt.

Gilliatt vió que se las habia con un pulpo.

II.

EL MONSTRUO.

Para creer en el pulpo, es menester haberle visto.

Comparadas con el pulpo, las antiguas hidras mueven á risa.

Momentos hay en que nos sentimos inclinados á pensar que lo mas vago de nuestros sueños encuentra en lo posible imanes que atraen sus lineamentos, y de esas oscuras fijaciones del sueño salen verdaderos seres. El desconocido dispone del prodigio, y se sirve de él para componer el monstruo.

Orfeo, Homero y Hesiodo no han podido crear mas que la Quimera; Dios ha hecho el pulpo.